

UNAS PAGINAS DE RUDYARD KIPLING

DE "EL LIBRO DE
LAS TIERRAS VIRGENES"

—Es una antigua historia, dijo Hathi; una historia más vieja que la Selva. Callaos todos, en ésta y la otra orilla, y yo os la contaré.

Hubo uno o dos minutos de barulló, pues los jabalíes y los búfalos se empujaban unos a otros, y, al fin, los que dirigían las manadas gruñeron, sucesivamente:

—Estamos esperando.

Hathi se adelantó, metiéndose, casi hasta las rodillas, en la laguna que se formaba junto a la Peña de la Paz.

Flaco y arrugado, como estaba, y con los colmillos amarillentos, su aspecto era, sin embargo, el que le correspondía: el del amo de la Selva, lo que todos sabían que era.

—“Bien sabéis, hijos míos, comenzó, que, de todas las cosas, la que más teméis es el Hombre”.

Oyóse un murmullo de aprobación.

—Este cuento reza contigo, Hermanito, dijo Bagheera a Mowgli.

—¿Conmigo? Yo pertenezco a la manada... soy un cazador del Pueblo Libre, contestó Mowgli. ¿Qué tengo yo que ver con los hombres?

—“¿Y no sabéis por qué le tenéis miedo al Hombre?, continuó Hathi. Pues he aquí la razón: en el principio de la Selva, y nadie sabe cuándo fue esto, los que de ella formábamos parte, andábamos juntos, sin sentir ningún temor unos de otros. En aquellos tiempos no había sequías, y hojas, flores y frutos crecían en el mismo árbol, no comiendo nosotros nada más que hojas, flores, yerbas, frutos y cortezas”.

—Me alegro de no haber nacido en aquellos tiempos, dijo Bagheera. Las cortezas no sirven más que para afilar las garras en ellas.

—“Y el Señor de la Selva era Tha, el primer elefante. El sacó a la Selva de las profundas aguas con su trompa; y, donde él trazó surcos en la tierra con sus colmillos, allí corren los ríos; y, donde él pegó con el pie, allí brotaron manantiales de agua potable; y cuando él hizo sonar la trompa... así... cayeron los árboles. De este modo fue hecha la Selva por Tha; y de esta suerte me contaron a mí el cuento”.

—Pues no ha perdido nada en el tamaño al pasar de boca en boca, murmuró Bagheera, y Mowgli se tapó la cara con la mano para que no le vieran reír.

—“En aquellos tiempos no había trigo, ni melones, ni pimienta, ni cañas de azúcar, ni había tampoco chozas como las que todos vosotros habéis visto, y el Pueblo de la Selva no sabía una palabra del Hombre, y vivía en común, formando un solo pueblo. Pero, a poco empezaron las disputas por la comida, aunque hubiera pastos suficientes para todos. Eran unos holgazanes. Cada uno de ellos quería comer donde estaba echado, como, a veces, podemos hacer nosotros cuando las lluvias de la primavera son abundantes. Tha, el primer elefante, andaba ocupado creando nuevas selvas y encauzando ríos. No podía estar en todas partes, y, así, nombró al primer tigre dueño y juez de la Selva, con la obligación de que dirimiera todas las cuestiones que el Pueblo tenía el deber de someter a su juicio. En aquellos tiempos el primer tigre comía fruta y yerba, como todos los demás. Tenía igual tamaño que yo y era hermosísimo, todo él del color de las flores de la enredadera amarilla. No había rayas en su piel, en aquellos felices tiempos en que la Selva era joven. El Pueblo de la Selva en masa acudió ante él sin ningún temor, y su palabra era para todos la Ley. Acordáos de que os he dicho que no formábamos entonces más que un solo pueblo.

Pero una noche hubo una disputa entre dos gamos (una pendencia por cuestión de pastos como las que hoy solventáis con los cuernos y las patas) y dicen que, al hablar, ambos a la vez, ante el primer tigre, que estaba echado entre las flores, uno de los gamos le empujó con los cuernos, y el primer tigre se olvidó entonces de que era el dueño y el juez de la Selva, y, saltando sobre el gamo, le rompió el pescuezo.

Hasta aquella noche, ninguno de nosotros había muerto, y el primer tigre, al ver lo que había hecho, y enloquecido por el olor de la sangre, huyó hacia los pantanos del Norte, y nosotros, los de la Selva, al quedarnos sin juez, dimos en luchar unos con otros, y Tha que oyó el ruido, volvió entonces. Dijimosle unos esto, y otros lo otro; pero él vió al gamo muerto entre las flores, y preguntó quién lo había matado, y nosotros, los de la Selva, no quisimos decirselo, porque el olor de la sangre nos había enloquecido también. Corrimos de un lado a otro formando círculos, brincando, dando gritos y sacudiendo la cabeza. Entonces Tha dió a los árboles que tenían ramas bajas y a las enredaderas de la Selva la orden de que marcaran al matador del gamo de modo que él pudiera reconocerlo, y añadió:

—¿Quién quiere ser, ahora, dueño del Pueblo de la Selva?

Saltó en seguida el mono gris, que vive entre las ramas, y dijo:

—Yo quiero ser dueño de la Selva.

Rióse Tha al oírlo, y contestó:

—Así sea.

Después de lo cual marchóse de muy mal humor.

Hijos míos, ya conocéis al mono gris. Era entonces lo que es ahora. Al principio tuvo toda la compostura de un sabio; pero, al cabo de poco tiempo, comenzó a rascarse y a saltar, y, cuando Tha volvió, hallóle colgando, cabeza abajo, de una rama, burlándose de los que estaban en el suelo, y éstos, a su vez, se burlaban de él. Así, pues, no había ley en la Selva... sino únicamente estúpida charla y palabras sin sentido.

Entonces Tha nos llamó a todos y dijo:

—El primero de vuestros dueños trajo a la Selva la Muerte, y el segundo la Vergüenza. Pues bien: ya es hora de que tengáis una ley, y una ley a la que no podáis faltar. Ahora conoceréis al Miedo, y, una vez lo hayáis conocido, sabréis que él es vuestro amo, y todo lo demás vendrá por sí solo. Entonces nosotros los de la Selva, dijimos:

—¿Qué es miedo?

Y Tha contestó:

—Buscadlo hasta que lo encontréis.

Fuimos, por lo tanto, de un lado a otro de la Selva buscando al Miedo, y de pronto los búfalos...

—¡Uf! dijo Mysa, el que dirigía a los búfalos, desde el banco de arena en que se hallaban.

—“Sí, Mysa, eran los búfalos. Volvieron, pues, con la noticia de que en una caverna, en la Selva, estaba sentado el Miedo, y de que no tenía pelo en el cuerpo, caminando sólo con las patas posteriores. Entonces nosotros, los de la Selva, seguimos al rebaño hasta llegar a aquella caverna, y allí estaba el Miedo, de pie en la entrada, y tenía, como habían dicho los búfalos, la piel desnuda de pelo, y caminaba sólo con las piernas de atrás. Al vernos gritó, y su voz nos llenó de temor, del temor que nos inspira hoy esa voz cuando la oímos, y nosotros, entonces, atropellándonos unos a otros y haciéndonos daño, huímos, porque teníamos miedo. Aquella noche (así me lo dijeron), los de la Selva no nos echamos ya juntos como solíamos, sino que cada tribu fue por sí sola... el jabalí con el jabalí, el ciervo con el ciervo; cuernos con cuernos, cascos con cascos... cada uno con su semejante, y así se acostaron todos en la selva, presa de agitación.

El único que no estaba con nosotros era el primer tigre, porque se ocultaba aún en los pantanos del Norte, y, cuando llegó hasta él el rumor de lo que habíamos visto en la caverna, dijo:

—Iré a donde está eso, y le romperé el cuello.

Corrió, pues, toda la noche hasta llegar a la caverna; pero los árboles y las enredaderas que hallaba al paso, recordando la orden que les había dado Tha, bajaron sus ramas y tallos y marcaron su piel mientras corría, dibujando las huellas de sus dedos en la espalda, costados, frente y quijadas del tigre. En cualquier sitio que lo tocaran quedaba una mancha y una raya sobre la amarilla piel. ¡Y estas rayas son las que aun hoy llevan sus hijos! Cuando llegó a la caverna, el Miedo, el de la piel desnuda, tendió la mano y le llamó el rayado, el cazador nocturno, y el primer tigre sintió miedo ante el de la piel desnuda, y se volvió, rugiendo, a los pantanos”.

Al llegar aquí, Mowgli se rió disimuladamente, hundida su barba en el agua.

—“Tan fuertes eran los rugidos que llegó a oírlos Tha y dijo:

—¿Qué desgracia ocurre?

Y el primer tigre, levantando el hocico al cielo, recién hecho entonces y tan viejo ahora, dijo:

—¡Oh, Tha! Devuélveme mi antiguo poder. Ante toda la Selva me avergonzaste, llegué a huír de quien tiene la piel desnuda, y aun me ha llamado lo que es para mí un oprobio.

—¿Y por qué? dijo Tha.

—Porque voy manchado con el fango de los pantanos.

—Nada, pues; revuélcate luego sobre la yerba mojada, y, si es fango, limpio quedarás de él, dijo Tha. Y el primer tigre nadó, y revolcóse cien y cien veces sobre la yerba, hasta que le pareció que la Selva comenzaba a dar vueltas y más vueltas ante su vista; pero ni una sola rayita de su piel cambió en lo más mínimo, y Tha, que lo estaba observando, se rió. Entonces, dijo el primer tigre:

—¿Qué he hecho yo para que me ocurra tal cosa?

A lo que contestó Tha:

—Diste muerte a un gamo; con ello tuvo franca entrada en la Selva la Muerte, y con la Muerte vino el Miedo, hasta el punto de que las gentes de la Selva se temen ya unos a otros, de la propia suerte que le temes tú al de la piel desnuda.

El primer tigre dijo a esto:

—A mí no me tendrán miedo nunca, porque los conocí desde el principio.

Repuso Tha:

—Anda a verlo.

Y el primer tigre corrió de un lado a otro llamando a voces al ciervo, al jabalí, al sambhur, al puerco espín y a todos los del Pueblo de la Selva, y todos huyeron de él, que había sido su juez, porque le tenían miedo.

Volvióse entonces el primer tigre, vencido su orgullo, y dando de cabezadas contra el suelo, desgarró la tierra con sus uñas, replicando:

—Acuérdate que hubo un tiempo en que fui el dueño de la Selva. ¡No me olvides, Tha! ¡Permite que mis hijos recuerden que algún día no supe lo que era vergüenza, ni lo que era miedo!

Y Tha le contestó:

—He aquí lo que por tí haré, porque tú y yo juntos vimos nacer la Selva. Por espacio de una noche cada año, las cosas volverán a ser lo que fueron antes de que muriera el gamo... y esto no será más que para tí y tus hijos. Durante aquella noche, si tropiezas con el de la piel desnuda (y su nombre es el Hombre) no le temerás tú a él, sino que él te temerá a tí, como si tú y los tuyos fuerais jueces de la Selva y dueños de todas las cosas. Ten misericordia de él esta noche cuando le veas atemorizado, porque también tú conoces al Miedo.

Entonces contestó el primer tigre:

—Contento estoy.

Pero cuando, poco después, fue a beber, y vió las rayas negras sobre sus costillas e ijadas, cuando se acordó del nombre que el de la piel desnuda le había dado, entonces se encolerizó. Durante un año vivió en los pantanos esperando a que Tha cumpliera su promesa. Una noche, al fin, cuando el Chacal de la Luna (la estrella vespertina) brilló con clara luz sobre la Selva, sintió él que su

noche había llegado, y fuese a la caverna en busca de el de la piel desnuda. Ocurrieron, entonces, las cosas como Tha había ofrecido, porque aquél cayó ante la fiera y se quedó en el suelo tendido, y el primer tigre le hirió, rompiéndole el espinazo, porque creyó que en toda la Selva no había más que uno de estos seres, y que matándole a él había dado muerte al Miedo. Entonces, mientras olfateaba al muerto, oyó a Tha que descendía de los bosques del Norte, y a poco la voz del primer elefante, que es la voz que oímos también ahora..."

Retumbaba el trueno por las secas colinas; pero no trajo con él la lluvia (sino únicamente relámpagos de calor que temblaban por detrás de la cordillera) y Hathi continuó:

—“He aquí la voz que oyó, y la voz decía:

—¿Es ésta la misericordia que tú muestras?

El primer tigre se relamió contestando:

—¿Qué importa? He muerto al Miedo.

Y replicóle Tha:

—¡Ah, ciego y loco! Le has quitado a la Muerte las cadenas que detenían sus pies, y ella seguirá tus huellas hasta que mueras. Tú enseñaste al hombre a matar.

El primer tigre, erguido junto al cadáver, dijo entonces:

—Está como estaba el gamo. Ya no existe el Miedo. Ahora juzgaré de nuevo a los Pueblos de la Selva.

Mas respondió Tha:

—Jamás volverán a buscarte los Pueblos de la Selva. Nunca cruzarán tu camino, ni dormirán cerca de tí, ni seguirán tus pasos, ni pacerán junto a tu cubil. Sólo el Miedo te seguirá, y con invisibles golpes te hará estar a merced suya. El hará que la tierra se abra bajo tus pies; que la enredadera se enrosque a tu cuello; que los troncos de los árboles crezcan en grupos frente a tí, a mayor altura de la que tú puedes saltar; y, al fin, echará mano de tu piel para envolver a sus cachorros cuando tengan frío. Tú no le has tenido misericordia, y ninguna, tampoco, te tendrá él a tí.

Sintióse el primer tigre lleno de audacia, porque su noche no había pasado aún, y dijo:

—Lo prometido es deuda para Tha. ¿Me privará él de mi noche?

Y contestóle Tha:

—La noche que te concedí es tuya, como te dije; pero tienes que pagar algo por ella. Tú en-

señaste al hombre a matar, y él es discípulo que pronto aprende.

Continuó el primer tigre:

—Aquí está, bajo mi garra, y con el espinazo roto. Haz saber a la Selva que yo maté al Miedo.

Rióse entonces Tha, y dijo:

—Has matado a uno de tantos; pero tú mismo se lo contarás a la Selva... porque tu noche ha terminado ya.

Entonces se hizo de día, y de la boca de la caverna salió otro de los de la piel desnuda, vió el cadáver en el camino y al primer tigre sobre él, y cogió un bastón puntiagudo..."

Ahora arrojan unas cosas cortantes; dijo Ikki bajando a la orilla y haciendo ruido con sus púas, porque Ikki era considerado como manjar muy fino por los gondos (1) (que le llamaban Ho-Iggoo) y algo sabía él del hacha malvada, pequeña, que hacen girar rápidamente, a través de un claro en el bosque, como si fuera un caballito del diablo.

—“Era un bastón puntiagudo, como los que ponen en el fondo de los hoyos que sirven de trampa, dijo Hathi, y arrojándolo hirió al primer tigre en el costado. Así, ocurrieron las cosas tal como había dicho Tha, porque el tigre fue corriendo por la Selva dando rugidos, hasta que logró arrancarse el palo aquel, y todos, supieron que el de la piel desnuda podía herir a distancia, por lo cual le temieron más que antes. Así, también, vino a resultar que el primer tigre enseñó al de la piel desnuda a matar (y ya sabéis el daño que ha causado esto, desde entonces, a todos nuestros pueblos) por medio de lazos, de trampas y de bastones que vuelan, y por medio de la mosca de punzante aguijón que sale del humo blanco (Hathi aludía aquí al rifle), y de la Flor Roja, que nos obliga a huir hacia el terreno abierto y despejado. Y, sin embargo, una noche, durante cada año, el de la piel desnuda teme al tigre, como Tha prometió que sucedería, y nunca la fiera le ha dado motivo para perder ese miedo. Donde lo encuentra lo mata, acordándose de la vergüenza por que tuvo que pasar el primer tigre. Durante el resto del año, el Miedo se pasea por la Selva lo mismo de día que de noche”.

(1) Significa en sánscrito "habitante de las cuevas."

IF...

*Si puedes estar firme cuando en tu derredor
 todo mundo se ofusca y tacha tu entereza;
 si cuando dudan todos fías en tu valor
 y al mismo tiempo sabes excusar tu flaqueza;
 si sabes esperar y a tu afán poner brida,
 o blanco de mentiras esgrimir la verdad,
 y siendo odiado al odio no darle cabida
 y no ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad;
 si sueñas, pero el sueño no se vuelve tu rey;
 si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
 si el Triunfo y el Desastre no te imponen su ley
 y los tratas lo mismo, como a dos impostores;
 si puedes soportar que tu frase sincera
 sea trampa de necios en boca de malvados,
 o mirar hecha trizas tu adorada quimera
 y tornar a forjarla con útiles mellados;
 si todas tus ganancias poniendo en un montón
 las arriesgas osado en un golpe de azar,
 y las pierdes, y luego con bravo corazón
 sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
 si puedes mantener en la ruda pelea
 alerta el pensamiento y el músculo tirante
 para emplearlos cuando en tí todo flaquea
 menos la voluntad que te dice: adelante;
 si entre la turba das a la virtud abrigo;
 si marchando con reyes del orgullo has triunfado;
 si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
 si eres bueno con todos, pero no demasiado,
 y si puedes llenar los preciosos minutos
 con sesenta segundos de combate bravío,
 tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
 y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío!*

TRADUCCION DE
 EFREN REBOLLEDO